

SEVILLA Y **TRIUNFO:** DE LA CIUDAD ETERNA A LA UNIVERSAL

JAVIER VIDAL VEGA

«**H**e aquí una ciudad amarrada por su destino a una perenne juventud. Los eslabones de su historia palpitan con esplendor en cualquier fecha del pasado». Con estas suntuosas palabras el escritor Joaquín Romero Murube abre su artículo dedicado a Sevilla en el n.º 47 (27 de abril de 1963) de la revista *Triunfo*. A lo largo de treinta y dos páginas, el autor colma de elogios a una urbe adornada por famosos monumentos, testigos de tiempos esplendorosos en los que Sevilla era, por igual, puerto y puerta de América, casa de la contratación y, al decir de Cervantes, «amparo de pobres y refugio de dechados». Como si de un guía se tratara, Romero Murube se adentra en el alma de la ciudad, se ofusca por las amenazas que se

ciernen sobre su patrimonio arquitectónico, comenta las fotografías a todo color que muestran vistas aéreas de la capital hispalense, sus calles, las plazas y jardines del barrio de Santa Cruz o los Reales Alcázares, la Giralda y la Torre del Oro reflejada en las aguas del Guadalquivir, fiestas como la Semana Santa y la Feria de Abril... Imágenes de esa Sevilla eterna que tan bien respondía, a principios de los años sesenta, al propósito inicial de la revista *Triunfo*, esto es, emular a los principales *news magazines* europeos (*Paris-Match* es, tal vez, el ejemplo más significativo) sin despertar recelos en la férrea censura franquista, «con grandes reportajes, pródiga utilización del color y atractivas portadas», según su director José Ángel Ezcurra. En efecto, el artículo discurre por los amables y nada reivindicativos cauces de aquella revista que, poco tiempo atrás, había abandonado su cariz cinematográfico para transformarse en una publicación de información general.

Pero este tono complaciente y costumbrista no predominaría durante mucho tiempo en *Triunfo*. A partir de la década de los setenta, una revista más combativa y comprometida con la oposición a la dictadura recurre a escritores que no dudan en criticar la realidad social, política y cultural de la época, denunciando las atrocidades del franquismo y simpatizando con los movimientos que anhelaban la instauración de la democracia en España. Y, dicho sea de paso, no faltaban motivos en ese momento para alzar la voz y fiscalizar el comportamiento de los gerifaltes franquistas en Sevilla. Regía la archidiócesis hispalense el cardenal José María Bueno Monreal, contemplado con desconfianza por aquellos caballeros de levita y uniforme, Sevilla oficial, que desde el triunfo del alzamiento habían ignorado olímpicamente la Sevilla

real, cuya miseria alimentaba sus esplendores. El prelado hispalense, imbuido del espíritu del concilio Vaticano II, apoya decididamente los movimientos apostólicos obreros —consciente, tal vez, de que representaban la única presencia de la Iglesia en el mundo de los trabajadores— y es sensible a las reivindicaciones de éstos, sobre todo a partir de la reforma vaticana. En absoluto indiferente a las inquietudes del mundo sindical y de la oposición a la dictadura, intenta hacer de su periódico, *El Correo de Andalucía*, el diario defensor de los derechos humanos y de las libertades cívicas.

A esta corriente se adhirió rápidamente el periodista Antonio Burgos, el autor que más y mejor escribió sobre Sevilla en *Triunfo* durante la década de los setenta. Burgos conocía a la perfección la ciudad que, una década antes, había cantado su admirado Romero Murube, como se pude comprobar en su artículo «Pequeña historia de un gran hotel. El Alfonso XIII de Sevilla» (n.º 646, 15 de febrero de 1975), pero su auténtico propósito fue revelar «la voz de esa otra Sevilla real y cotidiana que también existe y que cada día pugna más por hacerse oír», explica Fernando Álvarez Palacios en su reseña sobre «La Guía secreta de Antonio Burgos» (n.º 650, 15 de marzo de 1975).

Burgos, cronista de la «otra» Sevilla

Un escritor mordaz, satírico, irónico, sarcástico y burlón abandonaba las tribunas de la soberbia Híspalis para asomarse a los barrios más pobres y necesitados, deseoso de conocer la «otra Sevilla». Esa ciudad humilde y necesitada que palpitaba en «La Sevilla de los refugios» (n.º 513, 29 de julio de 1972), ahogaba sus espe-

ranzas en las riadas del Guadalquivir o las malolientes aguas del Tamarguillo, y perdía irremediamente los edificios que el tiempo, el olvido o la dichosa piqueta se afanaban en derribar («Sevilla, ¿ciudad barroca?», n.º 458, 13 de marzo de 1971). De vez en cuando salpicaba sus escritos con estampas de esa Sevilla valleinclanesca —o «de Berlanga»— capaz de pedir a sus ciudadanos un empeño inaudito: todos los sevillanos debían enviar un telegrama al presidente de la Ford, Henry Ford, para que la multinacional estadounidense instalase una planta de fabricación en la capital hispalense («Tarjetas a Detroit. Sevilla quiere Ford», 9 de diciembre de 1972). Vano intento. Finalmente fue Almusafes (Valencia) la que se quedó con la fábrica.

Los artículos de Antonio Burgos, afirmaba Víctor Márquez Reviriego con motivo de la publicación de *Topical Spanish*, tienen como temática central a Andalucía, y en particular a Sevilla: «A la alegre y confiada Sevilla; que ve en la televisión y oye en los discursos lo bien que van las cosas en el Sur; a la Sevilla de maxifaldas y pantalones; a la Sevilla que juega a la calle Serrano en Vía Veneto, en la Bodeguita Romero o en El Nuevo Coliseo; a la Sevilla consumistamente contestataria de bigotes a lo Jivago, barbas a lo Castellet y chaquetas a lo Eugenio Trías». Y, sobre todo, a la otra Sevilla: la de los refugios, los jornaleros del flamenco, las Casitas Bajas...» («Burgos: topical Sevilla», n.º 599, 23 de marzo de 1974).

Se miraba en el mismo espejo que aquellos autores «raros, malditos, olvidados herejes, heterodoxos e iconoclastas sevillanos» a los que constantemente recuerda en sus textos de *Triunfo*: Rafael Lasso de la Vega (n.º 686, 20 de marzo de 1976), Joaquín Caro Romero (n.º 450, 16 de enero de 1971) o José María Blanco White (también

recordado por Juan Goytisolo en «Blanco White: por qué se fue un español» y, algún tiempo después, por Manuel Vázquez Montalbán en «Blanco White: la maldición del renegado»), de quien decía: «La Andalucía de Blanco White sigue, pues, en pie en buena parte, como sigue la de Mateo Alemán en la picaresca de bailadores del agua de los señoritos y la de Estébanez en los festivales flamencos, sólo que cada una en una ciudad, en unos ambientes distintos. En el sálvese-quien-pueda que una civilización preindustrial y unos esquemas económicos precapitalistas han impuesto a aquella Andalucía en trance de descomposición, las ratas, en la huida del barco, se han refugiado en diversos sótanos: casinos supuestamente culturales, academias barroquizantes, tradiciones religiosas fosilizadas, usos sociales de barrios y del lumpemproletariado» («La Andalucía de Blanco White», n.º 1972, 17 de junio de 1972).

En sintonía con la Andalucía crítica de Antonio Burgos se encontraban los periodistas Víctor Márquez Reviriego, que en «La guerra de los escritos y el puente de Triana» lamentaba el posible derribo del histórico paso a Triana sobre el Guadalquivir, y Luis Carandell, autor de una serie de tres artículos («Sevilla no es una fiesta») dedicados a esa ciudad, «por decirlo de alguna manera, que no tutea al camarero. Una Sevilla que no ejerce la caridad insultante, que no participa en el compadreo. Una Sevilla sería, una 'antisevilla'. Pocas ciudades habrá que hayan sufrido y sufran tanto los efectos de la imagen que ha dado de sí misma o que se le ha atribuido en una operación de propaganda destinada a ocultar las realidades del subdesarrollo de la región de la que es capital y cabeza. En la zarzuela que aquí se pone en escena, esta ciudad ha sido invitada a representar el papel de gracioso, excepto en determinadas épocas, en que debe dar muestras de suma piedad y recogimiento [...] La 'otra Sevilla' que yo digo no se deja arrastrar a este juego destinado a escamotear cosas tan graves y apremiantes, no desea representar, consciente ni inconscientemente, el orteguiano ballet. Es, todavía y pese a todo, una Sevilla íntegra, insobornable, coherente, cabal. Y no es de ahora, sino de siempre. La Sevilla de los hombres que dijeron y

dicen, sin gestos grandilocuentes ni actitudes heroicas, sencillamente: 'Esto no es así'» («Sevilla no es una fiesta (y III)», n.º 453, 6 de febrero de 1971). Carandell reclamaba con cierta amargura la Sevilla universal, la de Blanco White o el intendente Olavide, la ciudad ilustrada que no se cree el centro del mundo y reconoce sus culpas, la que aspira a ganar el cielo por la lucha en la tierra.

Machado, Aleixandre y el «Papa» Clemente

Coincidiendo con la agonía del franquismo (tan larga que sobrevivió a su creador durante años), *Triunfo* acoge en sus páginas a los grandes «poetas malditos» de nuestra literatura; autores silenciados, asesinados o condenados al exilio, y a menudo desprestigiados por la propaganda oficial. La publicación no tuvo reparos en enarbolar las banderas de dos maestros de la libertad creadora: Federico García Lorca y Antonio Machado. El escritor sevillano mereció la atención de los mejores colaboradores de *Triunfo*, entre ellos Aurora de Albornoz, que celebró el centenario de su nacimiento en 1875 con un valiente y bien documentado «Homenaje»: «Desde hace ya varias décadas, las generaciones jóvenes comenzaron a ver a Antonio Machado como una figura simbólica. Por un lado, representa una actitud: es el ejemplo del intelectual que, en un momento límite de la historia de su país supo colocarse 'a la altura de las circunstancias'; es decir, a la altura del hombre. Por otra parte, don Antonio es símbolo de la España que tuvo que abandonar su tierra para emprender un exilio que muchas veces —en su caso, o en el de Juan Ramón Jiménez, o en los de tantos otros— fue definitivo. El rendir homenaje a Machado significa, entre otras cosas, rendir homenaje a la 'España peregrina', así como exaltar la memoria de Federico García Lorca o la de Miguel Hernández, puede significar un repudio a la violencia y a la represión» («1875-1975. Antonio Machado: homenaje», n.º 652, 29 de marzo de 1975).

En el mismo número dedicado a Machado, Fernando Álvarez Palacios escribe una meritoria crónica sobre la «IX Feria del Libro de Sevilla». Este ensayista sevillano,

funcionario de banca e impulsor del movimiento cooperativo andaluz, se incorpora a *Triunfo* en las postrimerías del franquismo. Sus artículos de corte social analizan la actualidad andaluza e hispalense con sutileza y, sobre todo, con voluntad de revelar las contradicciones internas de un régimen en descomposición, aunque decidido a castigar cualquier comportamiento considerado subversivo. Álvarez Palacios denuncia en *Triunfo* la detención del director de *El Correo de Andalucía*, Federico Villagrán, por informar de un supuesto desembarco de marines de Estados Unidos, procedentes de la base de Rota, en Portugal, donde recientemente se había producido la Revolución de los Claveles («*El Correo de Andalucía*, sin director», n.º 654, 12 de abril de 1975).

Por su parte, Antonio Burgos seguía siendo el mejor notario de la actualidad sevillana. El 7 de junio de 1975 publica una extensa entrevista con un hombre llamado a gobernar España: «Felipe González. Hacia la construcción de una Europa socialista» (n.º 662). Y casi medio año más tarde, el 10 de enero de 1976, recuerda a los «Sevillanos del 1.001»

en un encuentro con los sindicalistas Fernando Soto y Eduardo Saborido, recientemente excarcelados: «Si el 1.001 fue —como se ha escrito— el proceso a la clase obrera española, los trabajadores andaluces tuvieron una destacada presencia, por número y por calidad, en aquel pulso a la libertad. Tres sindicalistas sevillanos (Eduardo Saborido, Fernando Soto y Paquito Acosta) caían aquel mes de junio de 1972 con Camacho y con el cura Paco... En Sevilla seguimos sabiendo de Eduardo, de Fernando y Paquito a través de sus mujeres, que escribieron una esforzada página del movimiento obrero: visitas al cardenal, recogida de firmas, acciones cívicas... Carmen, Mari y Luz María nos traían noticias de

ellos, desde Carabanchel o después desde Jaén, cuando fueron trasladados el pasado mes de agosto. Pero antes, con la revisión de las condenas, Paquito había llegado a Sevilla en libertad, había sido recibido triunfalmente en la estación de San Bernardo, comenzaba a trabajar en el taxi. Hasta que llegó la liberación. Sólo diez días —¿sólo diez días?— después de la muerte de Franco, Saborido y Soto, indultados, llegaban a la estación de San Bernardo...» (n.º 676).

La liberación de los dos sindicalistas se había producido, efectivamente, poco tiempo después de la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975. Por aquel entonces en Sevilla se habla del inquietante «cisma eclesiástico» que está a

punto de producirse en la pedanía utrerana de El Palmar de Troya. Antonio Burgos escribe varios artículos sobre el tema («Clemente del Palmar, un Solzhenitsyn a lo divino», «El Palmar de Troya»); por el curioso caso de Clemente Domínguez también se interesan Víctor Márquez Reviriego («El misterio de El Palmar») y Ricardo Ríos («El Palmar de Troya, todavía»), hasta que finalmente Anto-

nio Ramos Espejo informa de que «La beatería internacional elige 'Papa' en Sevilla» (n.º 813, 26 de agosto de 1978). Posteriormente, el periodista granadino seguiría indagando en los misterios del «Papa» Clemente con «Los rivales de El Palmar de Troya: 'Si tú Papa, yo santo'» (n.º 814, 2 de septiembre de 1978) y «Viaje pasota del 'Papa' Clemente Domínguez» (n.º 870, 29 de septiembre de 1979).

Al tiempo que se representaba la farsa de El Palmar de Troya, en 1977 la Academia Sueca concede el Premio Nobel de Literatura a Vicente Aleixandre. Tras el moguerense Juan Ramón Jiménez, que lo había ganado en 1956, el poeta sevillano, aunque malagueño de adopción, es el

Los artículos de Álvarez Palacios analizan la actualidad andaluza e hispalense con sutileza y con voluntad de revelar las contradicciones internas del régimen

**Recobrada la
democracia,
Blas Infante se
convierte en
un símbolo de
todos los que
reivindican la
autonomía en
Triunfo**

cuarto español que recibe «la sonrisa del rey alto», como decía Luis Martín Santos en *Tiempo de silencio*. El 15 de octubre de 1977 César Alonso de los Ríos firma en *Triunfo* el artículo «Nobel para Velingtonia» —así escribía Aleixandre el nombre de la calle madrileña (Wellingtonia) en la que residía—, donde afirmaba que este galardón reconocía, en realidad, a la Generación del 27: «El Nobel de Literatura 1977 le corresponde también a esta casa, n.º 3 de la calle Velingtonia, asaltada el jueves pasado por los periodistas de la prensa, la radio y la televisión. Porque Velingtonia, 3, fue cita constante para los miembros del 27, ha sido una institución durante el largo franquismo carente de instituciones y ha sido el 'ámbito' que ha hecho posible la obra de Aleixandre. Con menos ruido y sin aparato de focos, de cables, de magnetófonos y micrófonos, entraban aquí, en los años veinte y treinta, Lorca, Altolaguirre, Cernuda, Salinas, Prados. Federico, asesinado, que hubiera podido y debido ser Nobel, y Cernuda, muerto en el exilio, que también hubiera podido serlo». También escribía en este número el poeta algecireño José Luis Cano («Vicente Aleixandre. Desde la pasión a la meditación»), mientras que el periodista Ramón Chao publicaba una entrevista «Con Vicente Aleixandre».

La lucha por la autonomía andaluza

Pero en aquellos primeros momentos de la Transición uno de los temas políticos más comentados es la construcción de la España de las autonomías. En Sevilla el andalucismo renace con vigor y

se estremece con noticias como la publicada por Carlos Elordi tras la celebración de un Consejo de Ministros en la capital hispalense: «Andalucía absorbe el 40 por 100 del paro» (n.º 689, 10 de abril de 1976). Durante la dictadura, la figura de Blas Infante, el «Padre de la patria andaluza» asesinado en el kilómetro 4 de la Carretera de Carmona en la madrugada del 10 al 11 de agosto de 1936, había permanecido en la memoria de los escritores andalucistas. Recobrada la democracia, se convierte en un símbolo de todos los que reivindican la autonomía en *Triunfo*: Antonio Burgos («Blas Infante definitivamente prohibido»), Fernando Álvarez Palacios («Un desconocido Blas Infante») y Antonio Ramos Espejo («Aquel rosal de Seisdedos que plantó Blas Infante», «Blas Infante (hijo), emigrante en Holanda» y «Blas Infante, en la polémica de la nacionalidad andaluza»), entre otros muchos autores. Precisamente fue Ramos Espejo (nuevo cronista de Sevilla en *Triunfo* tras la salida de Antonio Burgos en 1978) el encargado de contar que la bandera de Blas Infante, aquella «verdiblanca» guardada celosamente por su hija Luisa en Villa Alegría (Coria del Río), volvía a pasear por las calles sevillanas en la manifestación del 4 de diciembre de 1977: «La manifestación del día 4 adquirió proporciones realmente asombrosas en todas las capitales de provincia, especialmente en Sevilla, donde se calcula que participaron medio millón de personas, según algunas fuentes cercanas a la organización. María Infante, hija del líder del andalucismo, Blas Infante (fusilado en agosto de 1936 por defender el movimiento autonómico andaluz), entregó la bandera verde y

blanca de su padre a un grupo de niños que la paseó durante la manifestación. Las campanas de la Giralda repicaron a fiesta. Sevilla, como toda Andalucía, fue una explosión popular» («Andalucía. Autonomía y muerte», n.º 776, 10 de diciembre de 1977).

Desde ese momento *Triunfo* se vuelca con la autonomía y otorga gran protagonismo a José Plácido Fernández Viagas, presidente de la Junta preautonómica de Andalucía. Así, Manuel Campo Vidal narra una visita del político andalucista a Cataluña («Fernández Viagas visitó la novena provincia andaluza», n.º 810, 5 de agosto de 1978) y Antonio Ramos Espejo le somete a una entrevista en profundidad («Plácido Fernández Viagas: un magistrado rebelde, presidente de la Junta de Andalucía», n.º 801, 3 de junio de 1978). Días antes del definitivo referéndum del 28-F de 1980, publica un manifiesto para concienciar a los andaluces: «Andalucía: autonomía sí» (n.º 891, 23 de febrero de 1980). De nuevo Ramos Espejo narra una vívida escena de aquel histórico día en el sevillano Casino de la Exposición: «Cada vez que los altavoces del Casino de la Exposición, cuartel general de la Junta de Andalucía en la jornada del Referéndum, anunciaba que una provincia había sobrepasado la barrera del 50 por 100, el personal gritaba: '¡Suárez: pum, pum, pum...!' Así, hasta seis veces consecutivas. '¡Suárez: pum, pum, pum...!' Por Sevilla, Granada, Córdoba, Huelva, Cádiz y Málaga. También por Jaén, que, según nuevos datos, ha superado el listón autonómico. Cuando se anunció el resultado de Almería, descolgada con un 42 por 100, el grito se

cambió: '¡Impugnación, impugnación!' Almería partía con una inflación en el censo de más del 16 por 100» («Andalucía: ¡Suárez, pum, pum, pum...!», n.º 893, 8 de marzo de 1980).

Siempre ha sido costumbre del periodista granadino prestar su tribuna de papel a los más necesitados, dar voz a los olvidados y recuperar sus testimonios, convertidos habitualmente en lejanos sucesos por el paso del tiempo y la erosión de la memoria. Si antes hablábamos de Blas Infante como un símbolo de la Andalucía afrentada durante el franquismo, ahora Ramos Espejo busca un símbolo de la Sevilla condenada al exilio: el rey poeta al-Motamid, expulsado de la capital hispalense en 1091. Siguiendo los pasos de Blas Infante, que en 1924 había viajado a Marruecos para visitar la tumba del monarca sevillano en Agmat, el reportero busca en Marrakech a la hermana gemela de la Giralda, la Kutubiya, y se reencuentra «Con los descendientes de al-Motamid» (n.º 911, 12 de julio de 1980). Su aventura, la *rihla* de Ramos Espejo en esa otra Andalucía que hay al otro lado de las columnas de Hércules, es un maravilloso relato de despedida de una publicación que jamás dejó de prestar atención a Sevilla. Especialmente a esa ciudad de urgencias, pagada de sí misma, altanera y que, hoy como siempre, «no acaba de salir de una noche como aquella que por vez primera vio el Adán de 'Mysterious night'», escribe Víctor Márquez Reviriego. Su discurso, siempre actual, es una invitación a la reflexión, al abandono del provincianismo y, claramente, a la recuperación de la tantas veces denostada Sevilla universal.

Días antes del definitivo referéndum del 28-F de 1980, *Triunfo* publica un manifiesto para concienciar a los andaluces: «Andalucía: autonomía sí»